

LA BIBLIA: REVELACIÓN ESCRITA Y ORAL

Bible: written and oral revelation

A bíblia: revelação escrita e oral

FRÉDÉRIC MANNS

Resumen

El artículo medita en torno a revelación de Dios que tiene lugar en el modo de la Palabra. La Palabra es considerada en su doble acepción oral y escrita. Los dos fenómenos más claramente asociados a la revelación de la Palabra son el profetismo y la eucaristía. Éstos son abordados siguiendo los textos veterotestamentarios, así como otras fuentes judías y rabínicas.

Palabras clave

Palabra de Dios, Decálogo, Judaísmo, Profetismo, Eucaristía.

* Padre franciscano. Doctor en Sagrada Escritura por la Pontificia Comisión Bíblica (Roma). Exdirector de la Facultad de Ciencias Bíblicas de Jerusalén (Studium biblicum franciscanum), donde es profesor ordinario de exégesis neotestamentaria, exégesis hebreaica y hermenéutica.
Correo electrónico: fredericmanns42@gmail.com

Artículo recibido el 19 de noviembre de 2012 y aprobado para su publicación el 15 de abril de 2013.

Atribución – Sin Derivar – No comercial: El material creado por usted puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial. No se pueden realizar obras derivadas



Abstract

The paper deals with the Revelation of God which occurs in the mode of the Word. The Word is considered both in its spoken and written modes. The two phenomena which are more closely related to the Revelation of the Word of God are Prophetism and Eucharist. Both phenomena are studied in the following paper according to the books of the Old Testament and some other Jewish and Rabbinical sources.

Keywords

Word of God, Decalogue, Judaism, Prophetism, Eucharist.

Resumo

O artigo medita acerca da revelação de Deus, que tem lugar à maneira de Palavra. A Palavra é considerada em sua dupla acepção, oral e escrita. Os dois fenômenos mais claramente associados à revelação da Palavra são o profetismo e a Eucaristia. Estes são abordados, seguindo os textos veterotestamentários, assim como outras fontes judaicas e rabínicas.

Palavras-chave:

Palavra de Deus, Decálogo, Judaísmo, Profetismo, Eucaristia.

“*Béseme él con los besos de su boca*” (Ct 1, 2). Salomón, el Profeta, dijo:

Bendito sea el nombre del Señor, que nos dio la ley por medio de Moisés el gran maestro, la ley escrita en dos tablas de piedra. Nos dio también la ley oral. Habló con nosotros cara a cara; como un hombre le da un beso a su amigo. Y esto es debido a la abundancia de amor con el cual Él nos ama, más que a las setenta naciones (*Targum del Cantar*).

Para el autor del *Targum* del *Cantar de los Cantares*, las palabras de Dios son besos de Dios para su pueblo que Él ama más que a las naciones. La Biblia no es más que una revelación del amor de Dios a su pueblo.

Toda la Escritura proviene de la tradición, y la Escritura sin tradición oral no existe. La transmisión oral precede, acompaña y sigue las Sagradas Escrituras. Lo proclama la Mishna *Pirque Abot* 1, 1. Está lejos de ser un libro muerto o una relación fría de acontecimientos y mandatos divinos; constituye una palabra siempre viva, una celebración constante y una interpretación de los sucesos y los mandatos en forma de memorial para todas las generaciones. El desarrollo de la escritura es la historia de un proceso continuo de interpretación y actualización *ad intra*, por lo que es legítimo hablar de la exégesis dentro de la Escritura. En el judaísmo, la Biblia no es un texto desnudo, sino un texto ya vestido de toda la parafernalia de la tradición oral. Los grandes temas bíblicos se leen y actualizan durante los períodos de la historia bíblica. El sábado en la sinagoga, para venerar la Torah, los fieles la tocan con las manos envueltas en el talit, el manto de oración. Este gesto simboliza que el lector debe acercarse al texto bíblico con la tradición que le permite entender la sabiduría del texto. El lector debe entrar en una tradición.

Para estudiar la Palabra de Dios, muchos autores comienzan a partir del análisis del término hebreo *dabar*, traducido al griego *logos*. Pero es posible seguir otro método que complementa el método diacrónico, un método más sincrónico. El propósito de este estudio es mostrar que la Escritura se interpreta desarrollando sus propias tradiciones.

DIOS HABLA: ESCUCHA ISRAEL

En la Biblia, Dios habla y se manifiesta hablando a sus mensajeros: Moisés, los profetas y los sabios inspirados. Los falsos dioses “tienen boca y no hablan” (Sal 115, 5). ¿Qué es la palabra? El hombre, creado a imagen de Dios, está dotado de la palabra. Cuando la persona habla, es una parte de sí mismo la que va hacia los otros. En cierto modo, la palabra pronunciada ya no es suya. El hombre entiende que es importante madurar sus palabras

en silencio. El que habla entiende abrirse a los demás. Quiere comunicarse. Hablar es confiar y correr la aventura de una alianza. Es significativo que la relación entre Dios y el hombre es a través de la palabra. Presentar a Yahvé como un Dios que habla traduce la intención de distinguir el yahvismo de la religión cananea en la cual el encuentro con Dios fue mediado por el sexo y expresado a través de la fertilidad de los campos y la fecundidad del ganado. Decir que Yhwh habla significa respetar la iniciativa de Dios y reconocer la capacidad humana para oír esta palabra.

Escucha Israel: *Shema Israel*. El verbo *Shema* tiene un doble sentido: oír y obedecer. Se entiende un texto sólo poniéndolo en práctica, obedeciéndole. Ben Sirá compara los mandamientos de Dios a un tesoro: “En los tesoros de la sabiduría están los enigmas de la ciencia... Si deseas la sabiduría, guarda los mandamientos” (Sira 1, 25).

Yhwh, el salvador de los Hebreos desde Egipto, podía parecer un dios lejano. Después de la tragedia del exilio de Babilonia fue presentado como el creador del cielo; sobre todo, llegó a ser un Dios lejano y silencioso. Sin embargo, Él está cerca de su pueblo. Dice el *Génesis*: “Y dijo Dios” (Gn 1, 3). La versión sinagoga de la Escritura, el *Targum Neofiti*, traduce con Palabra de Dios: “La Palabra de Dios dice: sea la luz”. La creación comienza, según la Biblia, con un suceso sonoro: “Dios dijo: sea la luz y la luz fue”. La Palabra de Dios es eficaz. Realiza lo que dice. Después hay un elemento visible. Siete veces se repite el refrán: “Y vio Dios que era bueno”. Dios admira la obra de sus manos. Esto es la *via pulchritudinis*. Dios experimenta la vía de la hermosura en su creación. El hombre y su mujer son muy hermosos.

El *Targum* mismo pone luego en paralelo la “Palabra de Dios” (*memra*) con la “gloria de Dios”, ya que ambas son expresiones de su trascendencia. De hecho, es la gloria de Dios que se manifiesta en el Sinaí (Ex 33, 18). Si Dios habla significa que él quiere entrar en diálogo. En este diálogo de amor, Yhwh tiene la iniciativa de comprometerse con Israel. Él se revela como Aquel cuya palabra ha creado al hombre como imagen de Dios. Ídolos mudos no pueden salvar, pero Yhwh entra en diálogo con el hombre para salvarlo. Cuando Yhwh habla, Israel se sorprende: “Revela su palabra a Jacob, su voluntad y sus estatutos a Israel. No hay ningún pueblo que fuera tratado así; ninguna nación conoció sus juicios” (Sal 147, 19).

Levinas, un filósofo lituano-francés, decía que no hay que repetir con Descartes: pienso, es decir, existo. Hay que decir con la Escritura: estoy pensado, es decir que existo. El amor divino que se expresa en la Palabra es anterior a la búsqueda del hombre.

LA ESCRITURA, DIÁLOGO DE AMOR

La alianza nueva está caracterizada por el conocer de Dios. *Yada'* en hebreo significa el conocer íntimamente; tener relación íntima con alguien.

Jeremías habla de la alianza nueva en estos términos:

Éste es el pacto que después de aquel tiempo haré con el pueblo de Israel –afirma el Señor–: Pondré mi ley en su mente, y la escribiré en su corazón. Yo seré su Dios, y ellos serán mi pueblo. Ya no tendrá nadie que enseñar a su prójimo, ni dirá nadie a su hermano: “¡Conoce al Señor!”, porque todos, desde el más pequeño hasta el más grande, me conocerán –afirma el Señor–. Yo les perdonaré su iniquidad, y nunca más me acordaré de sus pecados (Jer 31, 33-34).

Ezequiel, después del exilio, precisa las etapas de la alianza nueva:

Los rociaré con agua pura, y quedarán purificados. Los limpiaré de todas sus impurezas e idolatrías. Les daré un nuevo corazón, y les infundiré un espíritu nuevo; les quitaré ese corazón de piedra que ahora tienen, y les pondré un corazón de carne. Infundiré mi Espíritu en ustedes, y haré que sigan mis preceptos y obedezcan mis leyes. Vivirán en la tierra que les di a sus antepasados, y ustedes serán mi pueblo y yo seré su Dios (Ez 36, 25-28).

Después del exilio, *Isaías* compara Jerusalén a una esposa:

Pero Sión dijo: “El Señor me ha abandonado; el Señor se ha olvidado de mí”. “¿Puede una madre olvidar a su niño de pecho, y dejar de amar al hijo que ha dado a luz? Aun cuando ella lo olvidara, ¡yo no te olvidaré! Tatuada te llevo en las palmas de mis manos; tus muros siempre los tengo presentes” (Is 49, 14-16).

En *Isaías*, la esposa canta:

Me deleito mucho en el Señor; me regocijo en mi Dios. Porque él me vistió con ropas de salvación y me cubrió con el manto de la justicia. Soy semejante a un novio que luce su diadema, o una novia adornada con sus joyas. Porque así como la tierra hace que broten los retoños, y el huerto hace que germinen las semillas, así el Señor omnipotente hará que broten la justicia y la alabanza ante todas las naciones. (Is 61, 10-11).

En el *Cantar de los Cantares* y en el *Salmo 45* se celebra el amor de Dios por su pueblo.

LAS DIEZ PALABRAS

Con diez palabras Dios creó el mundo. Dará diez palabras a Moisés en el Sinaí. Existe una correspondencia entre las diez palabras de la creación y los diez mandamientos dados a Moisés. Si los hombres respetan las palabras del Sinaí, el orden del Cosmos, querido por las diez palabras del Creador, será respetado.

En la tradición bíblica, los diez mandamientos dados por Dios a Moisés se llaman las diez palabras (*Aseret ha diberot*). Fueron escritos por el dedo de Dios en Ex 31, 18; 32, 16; 34, 1-28, Dt 4, 13; 5, 19; 9, 10; 10, 1 y 4. Comienzan con una declaración acerca de la identidad de Dios que les da una autoridad especial. Estos mandamientos fueron proclamados en el contexto de una teofanía relevante. Ellos son considerados como los requerimientos divinos requeridos por cada hombre. Están formulados en la segunda persona del singular. De esta manera, Dios quiere hablar con cada uno personalmente. La importancia especial de este texto también viene del hecho de que en la oración de Israel la recitación de las diez palabras acompañó a la proclamación del *Shema Israel*.

Las segundas tablas de la ley no fueron escritas por Dios, sino por Moisés (Ex 24, 4). Así las palabras de Dios son también palabras humanas, y en cuanto son humanas, pueden ser estudiadas con métodos diversos.

Las diez palabras están tomadas y comentadas en otros textos bíblicos, excepto el mandamiento de no desear la casa del vecino. Expresan imperativos categóricos que deben ser puestos en práctica en todas partes sin consideración del tiempo o del espacio. No imponen sanciones, pero son las condiciones de pertenencia a la comunidad judía. Las leyes especiales y las sanciones se harán más adelante, en otras colecciones de leyes.

Textos proféticos como *Ezequiel* 18, 5 y 2, 6-12 retoman colecciones de los mandamientos culturales y éticos. *Jeremías* 7, 2-9 recuerda cinco mandamientos a los que entran en el templo. Mowinckel estaba convencido de que los *Salmos* 15 y 24, y también *Isaías* 33, 14-15, estaban relacionados con el Decálogo. Pensó que cada año se hacían asambleas litúrgicas que celebraban la revelación del Sinaí, como resulta de los *Salmos* 50 y 81. La fiesta de Pentecostés (*Shavuot*), que originalmente recordaba el don del pan hecho con trigo nuevo, más tarde recordó el pacto de Sinaí. El Decálogo será discutido por Filón de Alejandría, en su Tratado *De Decálogo*. Los *midrashim*, especialmente Mekilta de R. Ismael y Sifre Debarim en sus explicaciones, crearán una tradición viva que la liturgia judía reanuda.

Los mandamientos fueron decretados en 70 lenguas y fueron dados en el desierto, la tierra de ninguno, porque Dios en su palabra permanece soberano.

Tenemos diez palabras de la creación, diez palabras del Sinaí, y según el *Targum del Cantar*, diez cánticos en la Biblia y el más hermoso es el *Cantar de los cantares*. Es decir, la palabra tiene que abrir el corazón del hombre para que pueda cantar.

PALABRA Y SILENCIO

Dios habla, pero sus palabras vienen desde el silencio. Dios viene a Moisés en una nube (Ex 19, 9). Su intervención decisiva en Egipto es descrita en el libro de la *Sabiduría* en estos términos: “Mientras un profundo silencio envolvía todas las cosas... tu palabra omnipotente del cielo desde el trono real, se puso en marcha” (Sb 18, 14-15). Al tema del silencio es asociado

el tema del desierto en *Oseas* 2, 16: “La llevaré al desierto y hablaré a su corazón”. El centro de la fe hebrea es el escuchar ya que no es posible escuchar sin silencio. Hablar con alguien significa interesarse por él. Moisés fue el intermediario de la Palabra de Dios dada en el Sinaí hasta el punto de que el *Deuteronomio* 31, 24 puede decir: “Cuando Moisés terminó de escribir en un libro todas las palabras de esta ley dijo a los levitas: Tomad este libro de la Ley y ponedlo al lado del arca de la alianza de Yhwh vuestro Dios”.

Moisés permaneció cuarenta días y noches en la montaña. La tradición lo considera también como el autor de la ley. Más tarde los profetas, los portavoces de Dios, hicieron la experiencia de un Dios que dialoga y que les pregunta. Amós, el pastor de Teqoa, grita cuando Dios le habla: “Yo no soy profeta ni hijo de profeta, yo soy boyero y cultivador de los sicómoros, pero Yhwh me tomó de detrás de mi rebaño y me dijo: ¡Anda! profetiza a mi pueblo. Y ahora escucha la palabra de Yhwh” (Am 7, 14-16). El mensaje que se le ha confiado a él es para recordar a Israel las exigencias de la justicia. El hombre no puede aliarse con Dios si no se encuentra con sus hermanos. La Palabra de Dios recuerda la doble dimensión de la alianza: horizontal y vertical.

Más tarde habla Dios a Isaías y Jeremías. Él los llama para enviarlos a su pueblo. Jeremías confiesa que Dios ha tocado su boca: “He aquí, he puesto mis palabras en tu boca” (Jr 1, 6-9). Las palabras del profeta ya no son las suyas. El profeta tenía la experiencia de Dios y entró en conversación con él. Más tarde, el profeta traduce su experiencia con los términos del lenguaje del amor: “Me has seducido, y me has engañado: me has agarrado y me has podido” (Jr 20,7). Es también a través de instrumentos humanos, los profetas, como se traduce la voluntad de Dios para comunicarse con su pueblo. Las palabras del profeta no son suyas pues ellos, los profetas, son la boca de Dios (Ex 4, 6).

La unidad de la revelación toma forma en el concepto de la Alianza que los profetas describen como matrimonio (Os 2, 22). Los tratados de Alianza en Oriente celebrados entre reyes y príncipes se basaban en el principio de reciprocidad. Estos tratados aseguraban, para los diversos pueblos, el rendimiento, la productividad de bienes materiales y el interés del mercado. Generalmente bendiciones y maldiciones eran la conclusión de estos tratados de alianza.

Israel, sin embargo, no es un pueblo como los demás. Amós, el profeta, recuerda que la alianza no es un privilegio, es una exigencia de justicia (Am 3, 2; Jer 7, 12).

HABLANDO DIOS SE REVELA

La Palabra de Dios trae revelación. Es por esto que se compara a la luz. “Antorcha para mis pies es Tu palabra, luz en mi camino”, canta el *Salmo* 118, 105. Luego añade en el versículo 130: “Tus palabras, en su descubrimiento, iluminan dando inteligencia a los sencillos”. “El mandamiento del Señor es luz de los ojos”, dice el *Salmo* 19, 9.

El *Targum* de Éxodo 12, cuando relata la creación del mundo, dice que “la Palabra de Dios brillaba como la luz en la oscuridad”.

La Palabra de Dios es ley y norma de vida. Esta es la Palabra de Dios como la ley impone. La Palabra de Dios es la fuente de la felicidad, como se dice en el *Salmo* 19 y el *Salmo* 119, que son meditaciones sobre la ley divina. La Palabra tiene que ver con la revelación de Dios y de su actividad: “Yo soy Yhwh tu Dios, que te he sacado del país de Egipto” (Ex 20, 2). Esta certeza está basada en la ley. Si Israel es un pueblo monoteísta, esto no es fruto de la sabiduría humana: es fruto de la revelación de Yhwh a su pueblo.

Esta palabra es sinónimo de sabiduría que procede de la boca de Dios, y que estaba a su lado cuando Él creó el mundo. ¿Dónde encontrar la sabiduría? Es en la ley donde Dios ha revelado su sabiduría a su pueblo (Bar 3, Sir 24).

La Palabra de Dios está más allá de los límites del tiempo y revela anticipadamente el futuro y el fin de los tiempos en que Dios cumplirá su propósito en su plenitud. Ley, revelación y promesa son los tres elementos de la Palabra de Dios, que espera una respuesta por parte del hombre.

La revelación manifiesta el proyecto de amor de Dios. Con Moisés este proyecto requiere la obediencia de la gente (lo que pida el Señor nosotros escucharemos y haremos). Amós requiere la práctica de la justicia y Oseas expresa la ternura de Dios. Isaías, que ha experimentado la santidad de

Dios, exige un culto auténtico combinado con la práctica de la justicia. Con Jeremías la presencia de Dios requiere obediencia para evitar la deportación del pueblo. Ezequiel contempla la presencia de Dios que abandona el templo y acompaña a los deportados. Por los profetas, atentos a los signos de los tiempos, Dios se manifiesta y rechaza las opiniones de los hombres que son demasiado humanos: “Tus pensamientos no son mis pensamientos” (Is 55, 8). La elección de Israel exige un comportamiento diferente de los otros: “Sed santos, porque yo soy santo” (Lev 19).

REVELACIÓN Y PURIFICACIÓN

Dios en el Sinaí le dijo a Moisés: “Quítate las sandalias, porque estás caminando sobre tierra santa”. Lo mismo se repite para Josué antes de entrar en Jericó. El príncipe de la milicia celestial requiere que Josué se quite las sandalias (Jos 5). Las “sandalias”, en la antigüedad, estaban hechas de pieles de animales muertos. Antes de acercarse al Dios viviente, el hombre debe quitarse los restos de animales que están en él. Antes de recibir la Ley en el Sinaí, el pueblo debe ser purificado. Isaías, antes de hablar con Dios, debe purificar sus labios. Las personas que acuden en peregrinación al templo para ir a ver a Dios tienen que tener “el corazón puro y las manos limpias” (Sal 24, 3). Ya Abraham recibió la orden: “Sal de tu tierra” (Gen 12, 1). *Lek leka*: Anda por tu bien es interpretado como: “Empieza una peregrinación interior. Después de esta purificación tú serás una bendición (“Tu nombre servirá de bendición”, Gén 12, 2).

Si el hombre debe purificarse antes de acercarse a la Palabra de Dios, es porque la palabra misma es como plata pura purgada siete veces, como se dice en el *Salmo* 12, 7.

Para *Ezequiel*, la alianza nueva empieza con una purificación:

Los rociaré con agua pura, y quedarán purificados. Los limpiaré de todas sus impurezas e idolatrías. Les daré un nuevo corazón, y les infundiré un espíritu nuevo; les quitaré ese corazón de piedra que ahora tienen, y les

pondré un corazón de carne. Infundiré mi Espíritu en ustedes, y haré que sigan mis preceptos y obedezcan mis leyes. Vivirán en la tierra que les di a sus antepasados, y ustedes serán mi pueblo y yo seré su Dios. Los libraré de todas sus impurezas (Ez 36, 25-28).

Juan 15, 3: “Ya vosotros estáis limpios por la palabra que os he hablado”.

REVELACIÓN Y MANDUCACIÓN

Al profeta Ezequiel Dios le dio la orden: “Come este rollo” (Ez 3, 1). Esta experiencia es simbólica. El lector de la Biblia debe estar preparado para asimilar el mensaje que recibe. No se puede leer la Palabra de Dios como se lee a Homero o a un autor moderno, aunque el método (literario) retórico puede ser aplicado al estudio de la Biblia.

“La palabra fue en mi boca dulce como la miel”, dice Ezequiel 3, 3. A este respecto cabe recordar una antigua costumbre de los escribas: en la tinta que usan para copiar los rollos, añaden un gota de miel, porque “la palabra es más dulce que la miel”, dice el *Salmo* 119, 103. También el *Salmo* 19, 11 repite que “las palabras de Dios son más dulces que la miel”.

Dt 30, 14 afirma que “la palabra está cerca de ti, está en tu boca y en tu corazón para ponerla en práctica”. Ponerla en práctica es asimilarla. La palabra habla al corazón humano, el centro de la vida, porque Dios es sensible al corazón. La sabiduría de Dios se revela al corazón humano.

En el libro de la *Sabiduría*, 16, la Palabra de Dios es asemejada al maná que fue la comida cotidiana de los hebreos en el desierto. Como el maná, la palabra se adapta a todos los deseos y paladares de los hombres.

LA PALABRA DE DIOS Y LA HERENCIA PROMETIDA A ISRAEL

En las Sinagogas, el rollo de la ley es coronado y vestido como una novia preparada para su esposo. En hebreo, la herencia se dice: *morasha*. Las consonantes son las que se escriben en las lenguas semíticas, no las vocales; así, en vez de decir *morashah* se puede leer *meureshet* que significa novia. La palabra transmite un mensaje de amor que no pertenece al pasado sino que es actual. Una lectura política de la Biblia echa de menos los verdaderos problemas. Estar en el amor es participar en una perspectiva de elección y de amor.

La sabiduría es como la esposa del discípulo: “Quién me halla, ha hallado la vida” (Pr 8, 35); y “quien encuentra una mujer, ha encontrado la felicidad” (Pr 18, 22). El *Cantar de los cantares* presenta el amor humano como una revelación divina. Del mismo modo que la naturaleza con sus bellezas es Palabra de Dios, el amor humano manifiesta a Dios.

En la tradición judía, el estudio de la Palabra se termina con la oración llamada el *Qadish*, pues el estudio de la Palabra es la santificación del Nombre de Dios. Santificar es poner de nuestra parte una realidad. Dios pertenece al mundo de lo sagrado y no de lo profano. No santificar su Nombre equivale a profanar su Nombre.

VERBUM ABBREVIATUM

Dice la *Carta a los hebreos*:

Dios, que muchas veces y de varias maneras habló a nuestros antepasados en otras épocas por medio de los profetas, en estos días finales nos ha hablado por medio de su Hijo. A éste lo designó heredero de todo, y por medio de él hizo el universo. El Hijo es el resplandor de la gloria de Dios, la fiel imagen de lo que él es, y el que sostiene todas las cosas con su palabra poderosa (Hb 1, 1-3).

La tradición patrística dice que la Palabra de Dios tuvo dos etapas: fue larga porque durante muchos siglos Dios habló por medio de los profetas, y fue corta cuando Jesús cumplió y concluyó el largo discurso. Su breve palabra, mensaje y discurso se puede resumir en una frase: “Dios es amor”. El *Verbum abbreviatum* es también un *Verbum abbrevians*. Y esta “Palabra se hizo carne” resume toda la ley y los profetas.

La palabra se hizo carne. Es una persona que quiere una respuesta de amor.

PALABRA Y EUCARISTIA

“La Iglesia ha venerado siempre las Sagradas Escrituras al igual que el mismo Cuerpo del Señor, no dejando de tomar de la mesa (del altar) y de distribuir a los fieles el pan de vida, tanto de la Palabra de Dios como del Cuerpo de Cristo, en la Sagrada Liturgia”, como lo pone de manifiesto la Constitución Dogmática *Dei Verbum* (§ 21).

El Evangelio de San Lucas es un relato directo que nos plantea de manera clara los temas de la Palabra y de la Eucaristía. El encuentro del desconocido (Resucitado) con los desconsolados discípulos de Emmaus es fundamental. Su tristeza era tal que no lo descubrieron mientras iban por el camino, aunque sí iban experimentando el ardor de los corazones por la Palabra que les iba diciendo mientras les explicaba las Escrituras, Moisés y los Profetas. El reconocimiento llega cuando el desconocido “parte el pan”. Sus ojos se abren: el pan eucarístico es reconocimiento del Señor. En ese momento, la fe también reconoce el pan de la Palabra.

La Eucaristía hace la Iglesia y la Iglesia hace la Eucaristía, decía Henri de Lubac. La Palabra convoca a la Iglesia para la Eucaristía, y desde ésta la misma Iglesia evoca la Palabra de Dios.

REFERENCIAS

- Alonso Fontela, C. (1987). *El targum al Cantar de los cantares*. Madrid: Editorial de la Universidad Complutense.
- AAVV. (2009). *Biblia de Jerusalén*. Bilbao: Desclee de Brouwer.
- Concilio Vaticano II. (1965). *Constitución dogmática Dei Verbum* Roma: Editrice Vaticana.
- De Lubac, H. (1959). *Meditación sobre la Iglesia*. Bilbao: Desclee de Brouwer.
- Mowinckel, S. (1921-1924). *Psalmenstudien*, Vols. I-VI. Kristiania: SNVAO.